

Sabroso refranero

José Javier Muñoz González

Algunos amigos a los que he contado esta historia me han llamado extravagante, pero yo sigo creyendo en la lógica de mi actuación y, sobre todo, puedo argumentar a mi favor que obtuve un excelente resultado. Me explicaré: A mis casi cuarenta años de edad decidí sentar la cabeza y encontrar pareja estable. Reconozco que he sido muy inconstante y disperso en materia de mujeres, ninguna me duraba más de dos o

tres meses y tarde o temprano acabábamos por aburrirnos uno u otra de esa forma tan frecuente de relación superficial basada sólo en el sexo. Lo malo es que tantos años de practicar el aquí te pillo, aquí te mato me habían atrofiado los músculos mentales de la paciencia y ya no estaba el horno para bollos, de modo que no me veía en la tesitura de aguantar largas sesiones de convivencia y experimentaciones hasta decidirme por la que sería para siempre mi media naranja.

Hasta que di con la fórmula. Fue como un chispazo de inspiración, como la imaginaria bombilla que se enciende sobre la cabeza de los inventores cuando dan con la solución de un enigma. ¡Eureka!: *¡media naranja!* Si la sabiduría popular atribuye una condición frutal a quien comparte íntimamente la vida, pensé, es porque los alimentos tienen una enorme importancia más allá del mero valor de la subsistencia.

Así que para elegir entre mi harén, mitad real y mitad imaginario, a la mujer que terminaría siendo mi compañera permanente, mi cómplice vital y el sostén de mi vejez, opté por recurrir a la prueba del gusto. Ya entenderán que cuando digo *gusto* no me refiero a que me gustase más o menos sino al sentido del gusto. Tengo para mí que la sociedad no concede a este sentido la relevancia que merece, cuando en realidad ejerce sobre nuestras vidas una influencia tan intensa como cualquier otro instinto vinculado a los sentidos de la vista, el tacto o el oído. ¿A qué podemos atribuir, si no, el valioso acerbo de refranes, dichos y aforismos que atesora nuestra cultura en relación con los alimentos y la cocina? Como dijo Sancho Panza, “no hay estómago que sea un palmo mayor que otro” y pocas cosas igualan más a los seres humanos que el malestar del hambre, por un extremo, y la satisfacción que proporciona un bocado exquisito, por el otro. Las relaciones eróticas no están exentas de símiles culinarios. De una señora estupenda decimos que *está para comérsela* y también que *está de toma pan y moja*; si nos atrae poderosamente *la devoramos con los ojos*, y hasta somos capaces de *beber los vientos* por ella.

Naturalmente, yo no me proponía practicar el canibalismo, ni siquiera probar físicamente el sabor de la piel de las candidatas, sino a desarrollar una prueba teórica, entre psicológica e intelectual basada en el recetario y el refranero culinario. Para el contacto inicial no desdeñé ninguno de los procedimientos tradicionales, los mismos que venía utilizando en mi currículum de don Juan de andar por casa que tan frustrado me tenía: las reuniones de trabajo, la cafetería, un baile, un viaje de fin de semana, e incluso un par de

citas a ciegas mediante internet. Seguían siendo relaciones intrascendentes que a veces culminaban entre las sábanas, *a nadie le amarga un dulce*, aunque casi siempre con un simple apretón de manos. No obstante, mi enfoque era muy distinto del acostumbrado.

A mis preguntas sobre sus gustos y preferencias gastronómicas ellas solían contestar sin reservas, sin sospechar que yo tomaba muy buena nota de los matices de sus respuestas y los evaluaba con el rigor de un profesor sexagenario de Instituto. A mayor aprecio de los alimentos sanos y sabrosos, mayor puntuación. Las que se decantaban por la comida basura o simplemente mostraban indiferencia por esta materia, suspenso seguro. Luego venía un breve examen sobre sus cualidades como cocineras. El temario no concluía ahí; de vez en cuando yo dejaba caer alguno de los refranes que fui coleccionando y les pedía que los interpretaran. Es increíble lo que puede dar de sí ese ejercicio para calibrar la inteligencia y hasta la cultura de una persona. El caso es que fui perfeccionando el criterio de selección hasta aproximarme a mi objetivo. Como me gustan *las cosas claras y el chocolate espeso*, y en esta clase de fogones he sido *cocinero antes que fraile*, fui capaz de detectar con facilidad y desembarazarme de aquellas que mostraban un interés egoísta ante mi sugerencia de ir más allá de un contacto improvisado. El chocolate tiene un extenso repertorio en el refranero hispano. Al ahorro insignificante lo llamamos *el chocolate del loro*, y ante una oferta o un artículo muy por debajo del valor con que se pregona se puede exclamar que *¡a cualquier cosa llaman las patronas chocolate!*

Sin embargo, uno de los alimentos que más ha atraído durante siglos la atención popular es la sopa. Las cosas más comunes o frecuentes nos las encontramos *hasta en la sopa*, superar claramente a un rival que se las tenía de chulo es *darle sopas con honda*. Los mejicanos saben que *no se puede sopear con gorda ni hacer taco con tostada*. La sopa con más sustancia se prepara para las personas a quienes más se aprecia, pero hay veces en que ese favor se hace de forma involuntaria, y así ocurrió cuando los ligones ocasionales y desconsiderados como el que yo mismo fui no hace mucho tiempo, me *hacían el caldo gordo* poniendo a mis pies bellas mujeres despechadas a las que pude atraer simplemente con la táctica opuesta: sinceridad y llaneza, o sea, *al pan pan y al vino vino*. Sin reparar en gastos las llevaba a los mejores restaurantes de la capital, la pista de pruebas idónea para ver en acción a las aspirantes a hembra Fórmula-Uno que andaba buscando. Puse idéntico interés en hacerles compartir unas modestas, aunque deliciosas, patatas a la riojana que un filete de

esos bueyes japoneses a los que alimentan con cebada y miman con masajes que para mí quisiera. Además de someterlas al test básico sobre recetas, ingredientes y guarniciones, las observaba con mucha atención para evaluar sus modales. Si en la guerra y en el juego se conoce al caballero, *en la mesa y en la cama se conoce bien la dama*.

La alusión a la sopa viene también al caso porque el día en que al fin hallé mi media naranja llovía a cántaros y ambos acudimos a la cita empapados *como una sopa*. Ella protegía su cabeza con un sencillo gorrito de plástico bajo cuya visera asomaban dos mechones de cabellos castaños pegados a la frente y enredados como cabello de ángel. Tenía una mirada de niña traviesa en un cuerpo de mujer hecha y derecha.

A diferencia de las que se lanzaban como pirañas a *cortar el bacalao* aprovechándose de mi interés pre-matrimonial, tan pronto como descubrió mi juego ella se sumó entusiasmada a contribuir con sus conocimientos culinarios. Me contó con todo lujo de detalles las recetas que había aprendido observando cocinar a su abuela asturiana. Cuando llegó la hora de pormenorizar la elaboración de los postres dulces recuerdo como especialmente sugerente un sencillo dulce de leche con un toque de vainilla, heredado en este caso de la rama familiar de Argentina. Nos encontrábamos tan a gusto en nuestras sesiones teóricas y prácticas de gastronomía que comenzamos a adoptar de forma inconsciente la costumbre de aplazar la visita al dormitorio hasta dar cumplida cuenta de una buena sesión de cocina.

Nuestros abrazos eran calientes *como agua para el chocolate*, pero lo que selló definitivamente mi apuesta por ella fue su sentido del humor. Al cabo de un par de meses de convivencia se permitió incorporar a nuestros diálogos gastronómicos una figura literaria consistente en deformar las palabras para darles un nuevo sentido o un matiz diferente sin perder por ello la sugerencia de su significado original. Así, por ejemplo, de mi primera comida del día decía que era tan densa y abundante que más que desayuno podía llamarse *densayuno*. En lugar de “A la vejez, viruelas...”, modismo que alude a acciones impropias de la edad propecta, decía “A la vejez, *ciruelas*”, y lo justificaba explicando que esa fruta es muy conveniente para combatir el estreñimiento de los adultos. En cierta ocasión en que el dueño de un restaurante con el que habíamos trabado confianza nos contó que había sido víctima de un timo por parte de un individuo que recorría los establecimientos más caros y siempre se largaba sin pagar, mi chica comentó que aquel tipo era muy *fugal* comiendo. “¿Quieres decir

frugal?”, corrigió el hostelero, “Pues no; frugal, no. Más bien *fugal*, porque se fuga”.

Por fin me decidí un buen día a *poner la carne en el asador* y le pedí que compartiéramos el resto de nuestros días. Obviamente, no soy tan ingenuo como para creer que he encontrado la compañía perfecta sin fallos ni impurezas, porque *en todas partes cuecen habas*, pero estoy en disposición de proclamar que con ella saco más gusto a *la salsa de la vida* y he dado un paso importante hacia la felicidad.
